

Víctor Pérez-Díaz / Catedrático de Sociología

“Las familias españolas no transmiten a sus hijos grandes aspiraciones”

por Jaime Fernández

En esta entrevista, el catedrático de Sociología, Víctor Pérez-Díaz, considera que la educación entendida como un valor en sí mismo ofrece mucho más al alumno que cuando se la considera sólo desde el punto de vista instrumental. También sostiene que las familias españolas no transmiten a sus hijos “estrategias de grandes aspiraciones”

¿Cómo se puede mejorar el sistema educativo?

No hay que ser pesimistas ni catastrofistas. Podemos mejorar sustancialmente el sistema en dos sentidos. En primer lugar, este país debe ser más ambicioso para hacer cosas.

Apuesto por una sociedad libre que signifique tener individuos libres. No tienen por qué ser egoístas ni autoritarios. Pueden ser altruistas y desinteresados, aunque ni siquiera pertenezcan a asociaciones de voluntariado.

Es esto lo que entiendo por el orden de libertad. ¿Se la quiere llamar liberal? En todo caso se trata de liberalismo filosófico. El liberalismo político y el económico son pasos que pueden venir después, pero habría que ponerse de acuerdo en cómo usamos esos términos. Desde esta perspectiva, el sistema educativo no ha sido bueno ni antes ni ahora. Simplemente, sigue siendo tan regular como lo fue hace diez o veinte años, y a lo mejor es menos regular que hace cuarenta.

¿Cómo calificaría la actitud de las familias españolas ante la educación de sus hijos?

No tengo conocimiento suficiente de cómo funciona ese complejísimo proceso de socialización familiar de los primeros años de vida de una persona. Me parece prematuro aventurar que funciona mal. De hecho, tenemos chicos de 15, 20 o 30 años que no son personajes enfermos, ni alocadamente egoístas, ni irracionales. El país funciona con un grado medio de sensatez, seguramente porque las familias que los cuidaron no lo hicieron del todo mal.

Tampoco pienso, ni mucho menos, que tengamos unas familias horribles. Es probable que no dediquen una atención sistemática a sus hijos. Pero eso en sí mismo no es ni bueno ni malo. Porque una familia que dedique una atención sistemática a un hijo puede hacerle la vida imposible. Los excesos pedagógicos se pagan. Los padres obsesionados con la educación de los niños corren el riesgo de hacer de ellos unos monstruos o unos locos por el triunfo a cualquier precio.

¿Qué papel puede desempeñar el ejemplo de la familia?

Si la familia no es ambiciosa en la vida, no transmite ambición al niño; y si no es culta, no transmite el hábito de lectura o el gusto por la alta cultura. En una sociedad compleja sería conveniente que muchas familias impulsaran a los hijos a dar de sí lo más que puedan, que los impulsaran a ser libres y a abrigar grandes aspiraciones. Creo que nos hallamos ante una sociedad errática, que transmite impulsos, aunque rara vez estrategias sistemáticas de grandes aspiraciones. Pero la familia española no es más que un reflejo de esta sociedad. Un ambiente similar se transpira en la vida política, social y económica y en los medios de comunicación.

¿En qué basa su crítica al excesivo utilitarismo de la educación?

La educación tiene un valor instrumental. De hecho, es un instrumento para adquirir saberes útiles. Pero eso no es todo. Hay otra dimensión que habría que enfatizar: la educación como un valor en sí mismo, entendido como una oportunidad para crecer humanamente en la cultura en la que se vive, conocerla y comprenderla manteniendo cierta distancia hacia ella. El crecimiento humano consiste también en distanciarse de ese legado cultural sin por ello avergonzarse de él. Lo aceptas, lo rechazas, lo rectificas. En suma, adoptas ante él una posición responsable.

El valor final de la educación, lo que hace de ella un bien en sí mismo, se traduce en el desarrollo de una capacidad para decidir y elegir responsablemente. El resultado final de este proceso es el ser humano culto o civilizado.

¿Qué puede ofrecer al estudiante esta visión de la educación como un valor en sí mismo?

Indirectamente, le ofrece mucho más que lo que pueda obtener directamente de la propia formación: conocimiento de sí mismo, de la sociedad, de cómo se relaciona uno con los demás y respeto a las reglas. Le puede ofrecer aprender a pensar o aprender a escribir y a comunicarse. Todos estos son valores no sólo en sí mismos, sino que también tienen un componente social. Esta es la parte que se puede llamar educación general y liberal. Si se pierden de vista estos objetivos, se pierde también el *morbo positivo* de la educación.

Por otra parte, esta visión de la educación es compatible con las profundas convicciones o creencias de los educadores. Hay mecanismos para neutralizar el fanatismo de educadores con creencias, de modo que el educando pueda elegir.

El valor final de la educación se traduce en el desarrollo de una capacidad para elegir responsablemente

¿Podría especificar su concepto de educación liberal?

Ante todo, debo aclarar que mi concepto de educación liberal se corresponde con el liberalismo filosófico. Conviene desarrollar en las personas la disposición a ejercer su libertad y gozar de ella en el respeto de la libertad de los demás, y al tiempo conviene dotarlas con las bases suficientes para que entiendan la cultura a la que llegan. La educación liberal mezcla el liberalismo filosófico con una idea tradicional de las artes liberales, procedente de la Edad Media y de la Antigüedad clásica, y que consiste en acceder a la cultura de cada época. Por cultura se entiende la filosofía, la poesía, el arte, los saberes que se consideran

básicos para comprender cómo funciona el mundo. Sobre estos cuatro o cinco saberes existen múltiples puntos de vista, pero todos ellos entrañan un diálogo que implica comunicación. No se puede pertenecer a una cultura de las sociedades occidentales sin haber absorbido una parte de ese legado.

La educación liberal es como entablar una conversación con cuatro o cinco formas de estar en el mundo: una, práctica que, *grosso modo*, gira alrededor de la política y de la economía, y otra, de desarrollo de la capacidad estética y de contemplación del mundo. Se trata de una experiencia de conocimiento en gran parte “desinteresado”, cuyo objetivo es proporcionar una base de sustentación de lo que ha de venir en el futuro. A partir del conocimiento de esa tradición nos abrimos al mundo.

¿Cuál es el objetivo último de la educación liberal?

Aporta las bases necesarias para que uno no se comporte como una máquina ni sea absorbido por un sistema que fácilmente te coloca en la dirección de la conquista de honores, éxitos y dinero a cambio de una vida bastante “cutre”. Porque, a poco que la gente se descuide, se ve sometida a un trabajo de escaso interés y muy absorbente. Y el mundo del consumismo y del dinero limita muchísimo a las personas. Una educación liberal permite un margen de juego útil para contrarrestar, al menos en parte, tanto esa alienación como la manipulación ideológica.

¿Cómo habría que vertebrar estas enseñanzas en el plan de estudios universitario?

Está la posibilidad de dedicar uno o dos años a este tipo de estudios, o que los alumnos se lo monten por su cuenta y participen en la oferta de actividades culturales y, por ejemplo, discutan entre ellos sobre los libros que leen, o las obras de teatro o de arte o las películas que ven. Lo bueno de la vida universitaria es que los chicos pueden disponer de tiempo para este tipo de actividades, aunque las consideren como algo marginal. Por tanto, convendría ayudarles, pero no para imponerles una doctrina sino para facilitar una experiencia de conocimiento. Hay un sistema educativo en el mundo, que es el anglosajón, concretamente el del *college* americano, que pretende hacer eso. No se trata de una idea original, porque tiene raíces históricas antiguas, y funciona bastante correctamente.

La educación liberal aporta las bases para que uno no se comporte como una máquina

¿Cree que el sistema universitario transmite cultura en el sentido más amplio del término?

Es un escándalo del sistema de educación superior español que un estudiante de 17 o 18 años no encuentre tiempo ni ocasión para desarrollar esas capacidades. Estos conocimientos no deben servir ni mucho menos para inculcarles teorías sobre el libre mercado y menos aún para convencerles de que la mejor cultura del mundo es la occidental o de que es la peor. En absoluto se trata de eso. Se trata de que durante los cuatro o cinco años de universidad, los estudiantes adquieran esa cultura, aunque les guste sólo una parte de ella o incluso algunos quieran abandonarla del todo. Pero hay que arrancar de esa cultura, que es la que nos liga al pasado, de generación en generación.

¿Cuáles deberían ser los parámetros de la calidad educativa?

Hay que distinguir entre la calidad del resultado y la calidad del sistema. La primera se produce cuando, por una parte, tienes una población de alumnos que salen civilizados del sistema educativo, en el sentido de la educación general y liberal, y, por tanto, capaces de ser libres, de elegir y comprender la cultura en la que están inmersos. Y por otra parte, cuando disponen de una base profesional suficiente como para acceder a una profesión y aprender de ella. Entonces se obtiene un resultado de calidad apreciable.

¿Qué propone para ese alumnado que no quiere seguir estudiando la enseñanza obligatoria?

No dispongo de datos. Evidentemente, la adolescencia es una etapa turbulenta en la que no existen buenas soluciones a priori. Por tanto, no hay que ser tan rígidos como para imponer una fórmula genérica. Desde el punto de vista de una sociedad razonable, no entiendo que el alumnado tenga que permanecer en un sistema educativo hasta los 16 años. En la historia de la especie, los individuos de 15 y 16 años se han lanzado a la vida e hicieron cosas importantísimas. No veo razón alguna para que haya que prolongar indefinidamente la escolaridad para todos.

Pero la edad legal para empezar a trabajar es de 16 años

Comprendo que es la edad legalmente establecida, pero dudo que se trate de la más razonable. Desde el punto de vista del sentido común, la vida manda mucho. Lo que eso sugiere es que hay una zona gris, que no sé dónde empieza ni dónde termina, pero que está en la adolescencia. Me pregunto por qué obligar a los jóvenes a que se pongan el uniforme de escolares o de laborales. A lo mejor hay que buscar fórmulas de transición y más abiertas. Comprendo que el mundo está cuadrículado. Pero la realidad me dice que aquí hay una zona que requiere una lectura flexible y ofrecer un margen para ver la forma de que esos jóvenes encuentren un trabajo x, en condiciones x. Lo que no puede hacerse es imponer un modelo determinado a personas que tienen ganas de vivir y no de estudiar. Al fin de cuentas el estudio es una variante educativa humana como otra cualquiera.

Libertad responsable

¿Cuál sería, en su opinión, el mejor sistema educativo?

Los sistemas mejores son los más flexibles y diversos, donde todos los agentes ejercitan la libertad responsable. Eso tiene muchas variantes: en el sector público, introduciendo mecanismos de competencia, que además es la fórmula más normal en el mundo occidental, y en la educación, introduciendo flexibilidad y que padres de familia, educadores, educandos y financiadores, que son los contribuyentes, ejerciten una libertad responsable.

De todos modos, cualquiera que sea el sistema, aquellos que se conduzcan irresponsablemente deberán pagarlo de alguna manera: los alumnos que no estudian, los profesores que no funcionan, los empresarios educativos públicos o privados que no cumplan correctamente su cometido. Por otra parte, hay que permitir una diversidad y optatividad de modelos educativos. No todas las educaciones tienen que ser iguales. El sistema educativo occidental ha crecido gracias a la diversidad de experimentos. Hemos tenido católicos, protestantes, librepensadores, de izquierdas, de derechas, como ha habido visionarios de la educación que propugnaron unas fórmulas determinadas.

Víctor Pérez-Díaz es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Doctor en esta misma especialidad por Harvard, ha sido profesor de Ciencia Política, además de en esta prestigiosa universidad, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y en la Universidad de California, San Diego. Es miembro-fundador de la European Academy. Entre sus libros más recientes figuran La primacía de la sociedad civil, España puesta a prueba 1976-1996, La familia española ante la educación de sus hijos, (junto con Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer) y Educación superior y futuro de España, también junto con Juan Carlos Rodríguez.